

ADVERTENCIA

Este libro no es defectuoso; tiene sus páginas cortadas de forma incompleta. Nos obliga a participar, a ser parte de su creación. Nos recuerda el espíritu del *hazlo tú mismo*. Cada ejemplar será único. Cada corte en sus hojas dejará una marca, una pequeña imperfección que lo hará singular. Si este libro te molesta o incomoda, claramente no sos la persona indicada para leerlo.

HAZLO TÚ MISMO



HUGO GUTIÉRREZ

NAIDOS
PARA
MOLESTAR

alter  ediciones

© 2020, Hugo Gutiérrez

© 2020, alter ediciones

www.alteredediciones.com

alterediciones@gmail.com

Edición:

Manuel Carballa

Corrección:

Ana Claudia de León

Fotografías:

Todo el material gráfico que acompaña este libro es parte del archivo personal de Hugo Gutiérrez

Diseño y armado:

manosanta desarrollo editorial

www.manosanta.com.uy

ISBN: 978-9915-9620-8-5

Depósito legal: 384-821

Impresión:

Esta edición se terminó de imprimir al cuidado de Manuel Carballa, en la ciudad de Montevideo, en el mes de diciembre de 2024.

Estas humildes páginas están dedicadas
a la memoria de Pablo El New Wave,
mi viejo compañero de ruta,
y a la de todos aquellos
que quedaron por el camino.

Prólogo

Hugo es un tipo distinto. Además de poseer una licenciatura en Fisioterapia, es el baterista y letrista de La Sangre de Verónica, una destacada banda de punk rock uruguayo que ha estado activa desde 1989. Su influencia en la cultura rock es considerable y significativa. A lo largo de su extensa trayectoria como músico, gestor y escritor, ha plasmado brillantemente sus ideas, distinguiéndose tanto a nivel local como más allá de las fronteras. Es reconocido constantemente por sus escritos, que tienen sus raíces en el fanzine *Miseria Juvenil* y en sus contribuciones a la banda Libertad Condicional. Es un firme defensor del *hazlo tú mismo* y del formato analógico. En sus relatos se percibe su apasionado amor por la música de los años ochenta, así como por sus afectos e ídolos personales.

Hugo tiene un perfil discreto pero ideas firmes, sin vacilar en exponerse para defender las libertades individuales frente a la opresión. Desde hace mucho tiempo ha denunciado lo que él considera «el siniestro plan detrás de la pandemia», posicionándolo como una figura poco común en estos tiempos. Cuando lo conocimos, encontramos a una persona confiable, serena y dispuesta, como si ya fuera nuestro amigo desde sus días como lector de nuestro fanzine en los años ochenta.

En *Solo Rock Uruguay*, durante nuestra transición de revista subterránea a portal, buscábamos ampliar nuestras perspectivas incorporando columnistas al blog. Hugo Gutiérrez fue el primero en quien pensamos, por varias razones. No solo es un referente, sino que también cuenta con una vasta experiencia que lo sitúa como testigo privilegiado de acontecimientos clave.

De ahí surgió «8:08, La columna que atrasa», un espacio dentro de *Solo Rock Uruguay* en el que recopilamos sus extraordinarios relatos,

accesibles para su fiel audiencia. En la presente obra se puede disfrutar de una selección revisitada de su anecdotario contracultural en el insustituible formato papel, que ninguna tecnología ha logrado superar y difícilmente lo hará. Tener un libro entre manos es un ritual único y enriquecedor, especialmente cuando el contenido tiene un valor tan excepcional como el suyo.

Con recuerdos precisos, dosificados con humor negro, entrevistas inéditas, textos evocadores y personajes que rozan la ficción, Hugo descubre en cada frase pequeños tesoros que encierran historias ocultas durante décadas, respaldados con material de memorabilia de su vasta colección. Es así como queda claro que Hugo es un tipo distinto.

Ariel SCARPA y Winston ESTÉVEZ



El rock no murió,
pero debería hacerlo
cuando los armónicos impares
sustituyan a las ideas

HEROICOS SABREMOS CUMPLIR... 



Fanzineroso

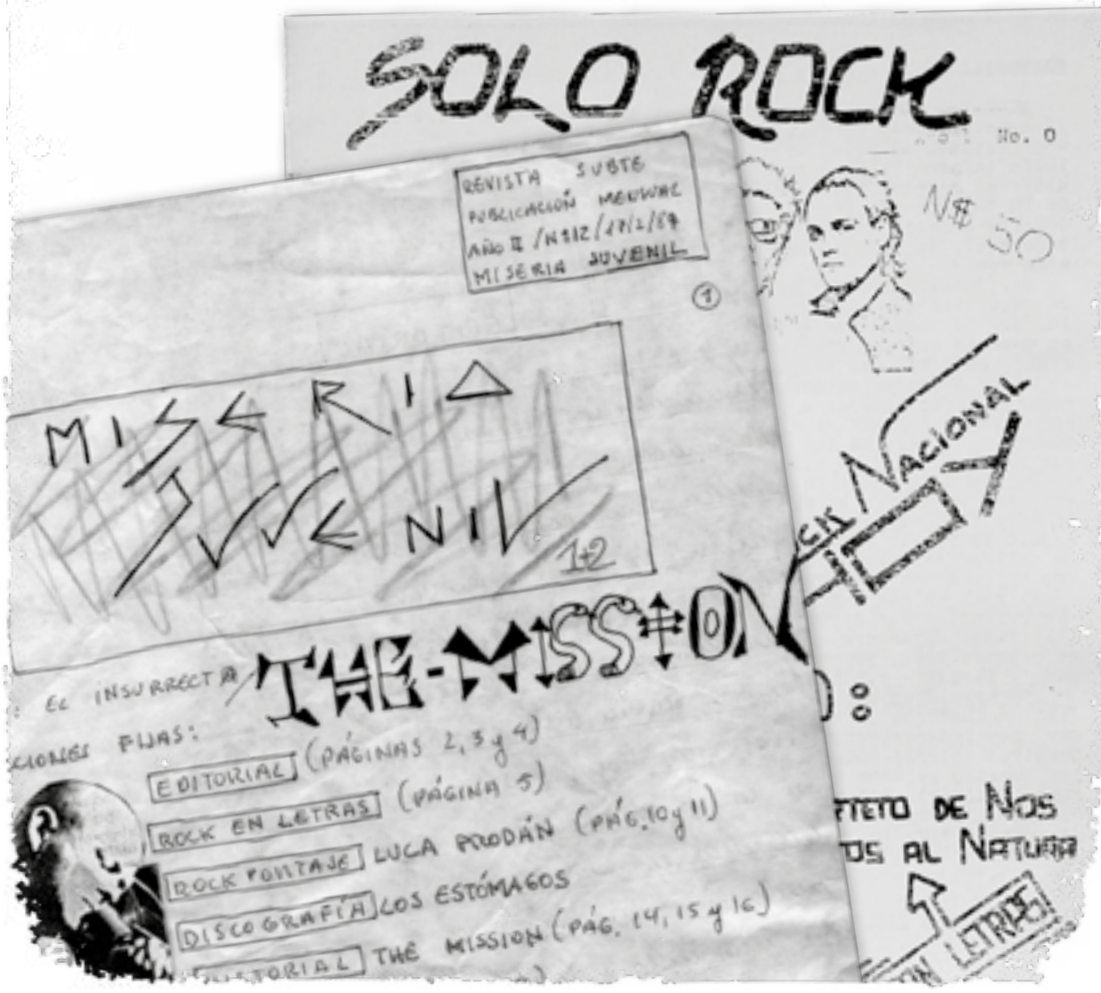
Durante 1987, junto con mi gran amigo Pablo El New Wave, luego de salir del liceo IAVA teníamos como rutina recorrer las disquerías más cercanas. Abbey Road, en la galería Montecarlo, era la primera parada; le seguía Alternativa, en la galería del Notariado, y terminábamos la expedición, dentro de la batea de rock uruguayo, en la extinta sucursal del Palacio de la Música de 18 de Julio 1558 casi Tacuarembó (ese año se registró el mayor número de ediciones discográficas nacionales). Y en una de nuestras visitas a Abbey Road descubrimos los primeros números de la revista subterránea *Solo Rock* (cultura-rock uruguayo en su máxima expresión), la cual nos dio el empujón que necesitábamos para iniciar nuestro proyecto: el fanzine *Miseria Juvenil*.

Pablo era hijo de exiliados políticos y había crecido al norte de Londres, en la década de los setenta; esa condición lo adelantó varios casilleros. Manejaba, de primera mano, algunos conceptos de suma utilidad: el *hacelo vos mismo* del punk, la contracultura y el mediactivismo.

Nos habíamos conocido en Cuchilla Alta el verano anterior. Integrábamos la Barra de los Pablos; de ahí la importancia de su apodo. Se jactaba de haber boicoteado uno de los últimos actos liceales de la dictadura. Describía, entre risas, de qué manera, utilizando su moderno walkman inglés, sustituyó el Himno Nacional por la versión apócrifa interpretada por Los Traidores (para mi asombro, este año se publicó el libro-cómic *Partagás, los últimos días de la dictadura*, en el que sus autores, Jorge Lolo Rodríguez y Daniel Turcatti, mencionan ese hazañoso hecho).

Compartimos, además del aula, cientos de shows generadores de increíbles anécdotas que, entre otras cosas, de una manera u otra formarán parte de estos relatos. Su enorme conocimiento musical propició

nuestras charlas con Renzo Teflón (Los Tontos), Juan Berhau (ADN), Luca Prodan (Sumo), Claudio Narea (Los Prisioneros) y, vía carta, con el mismísimo Jello Biafra (Dead Kennedys), desafiando al Correo Nacional. Lamentablemente, el inexorable discurrir de los años nos distanció y tiempo después me enteré que había sido brutal y cobardemente asesinado.



La cuchilla desafilada

Regresábamos de una maratónica tarde sabatina de fútbol playa. El bravucón Jorset había terminado incrustado de cabeza en un castillo de arena, luego de comerse un caño apoteósico, en el que la pelota tan solo se había trasladado quince centímetros sobre el sábulo. Subíamos la pendiente asfaltada, construida para el tránsito de las embarcaciones desde y hacia los *garages* del Club de Pesca de Cuchilla Alta, cuando lo vimos: un afiche promocionaba que Los Estómagos tocarían, esa noche, antes del clásico baile organizado por Italo Colafranceschi. Dejé de comentar el gol del triunfo y les dije a mis compañeros de equipo: «No nos podemos perder esto».

Era el segundo fin de semana de enero de 1986. Fue así como, esa noche, la ansiedad nos hizo ser los primeros en ingresar a la rústica instalación, construida a orillas del mar, para ubicarnos delante de un improvisado escenario al ras del piso. Era la época de Romancho Berro Contrataciones. Romancho, exbaterista de The Killers (mítica banda uruguaya de los años sesenta), había regresado del exilio para formar B de Luxe, moderno grupo que, en 1984, registró un simple editado por el otrora sello discográfico de La Batuta.

Hacía cinco meses que Baroncini había debutado como batero de Los Estómagos, en el Bohemios, presentando el *Tango que me hiciste mal* (único álbum grabado por Gustavo Mariott tras los parches). Venían de dos shows multitudinarios: el Comunafiesta, en Villa Biarritz, y la presentación del *Graffiti*, en el Teatro de Verano. El Gallego y el Abuelo nunca los habían visto en vivo. Pablo El New Wave y yo teníamos unos cuantos recitales encima. Pese a los típicos problemas de sonido de aquella década y las limitaciones del local, dieron un show demoleedor. Hasta los involuntarios acoples de un majestuoso Parodi estaban

afinados, los oscuros fraseos de bajo del Hueso Hernández junto con sus espasmódicos movimientos te hipnotizaban, sumado a que cada vocal y consonante que salían de la boca de Peluffo eran pura potencia. Los armónicos pares estimulaban la secreción de endorfinas y los impares te apuñalaban el pecho. Al término de su actuación, se retiraron en el ómnibus que los trasladaba.

El Gallego y el Abuelo permanecieron en estado catatónico durante toda la noche; típica secuela post-show que había sabido experimentar tres años antes. Con Pablo El New Wave comentamos la inclusión de «Semillas», tema inédito por aquel entonces, al set list, ante la mirada perdida de nuestros amigos debutantes. Pablo El New Wave era allegado a la barra de Partagás, seguidores a ultranza de Los de Persia. De todas formas, sus favoritos del *Graffiti* eran ADN, por el tono de voz y dicción de Juan Berhau, quien le hacía recordar a su excompañero de colegio londinense, vocalista de Nietzsche's Lovers, ignota banda pospunk de principios de los ochenta.

Pablo y yo, geográficamente, habíamos crecido en lugares bien distintos, pero en circunstancias similares, cosa que facilitó nuestra gran amistad. Juntos presenciamos el nacimiento y el ocaso del rock uruguayo de los años ochenta, con todo lo que eso conlleva. Daría cualquier cosa por aterrizar, al menos un instante, en aquellos turbulentos años para revivir los salvajes golpes de púa sobre las cuatro cuerdas del Giannini (de Musical Miranda) perfectamente sincronizados con el singular chorus que camuflaba la cacofónica guitarra pandense. Pero, por sobre todo, me gustaría evitar el trágico desenlace de mi fiel compañero de andanzas y, de paso, volver a confiar en las palabras de aquel iracundo cantante.

Rock en el Palacio

Pertenezco a la generación en la que las medias tenían que ser azules y la palabra *rock* significaba otra cosa. Crecí frente a la pantalla de *Videoclips*, programa de Alfonso Carbone por Canal 5 (mezcla de Wikipedia con Youtube, veinte años antes). Semana a semana, entre presentaciones de bandas locales, se emitían los videos de las canciones que forman parte de las cinco ensaladas *Videoclips* (producidas por Carbone, con diseño gráfico de Rodolfo Fuentes), muy valoradas por los disc-jockeys de la época. El 24 de agosto de 1987, dicho programa cumplió doscientas cincuenta emisiones al aire y lo celebró en el Palacio Peñarol, con un festival de rock uruguayo denominado Rock en el Palacio, en donde participaron las siguientes bandas: ADN, Neoh 23, Puticlub, Los Traidores, Los Estómagos y Los Tontos. El recital fue registrado por Jorge Iglesias (estudios IFU) y editado por Orfeo en cassette y vinilo como *Rock en el Palacio* (1987), considerado el primer disco en vivo del rock nacional.

Esa tarde salimos del liceo IAVA, con Pablo El New Wave, rumbo al Palacio Peñarol, con intenciones de escuchar la prueba de sonido. Llegamos a uno de los portones de ingreso, desde donde disfrutamos de varios temas de Los Tontos, quienes estaban chequeando sonido y serían los encargados de cerrar el festival. Estaban en su mejor momento; Canal 4 había comenzado a emitir su programa *La cueva del rock*, acababan de lanzar su segundo disco, *Al natural*, que llevaba vendidas seis mil copias (igual cifra que su antecesor), venían de una exitosa gira por Chile, donde tenían publicado su primer disco, al igual que en Argentina. En la mochila de Pablo reposaban varios discos entre los cuales se encontraba una lata portadora del segundo cassette de Los Tontos, que en la mañana había comprado con el dinero de los boletos, ahorrado (existen treinta y cuatro cuadras de distancia entre



Villa Dolores y el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo). Para nuestra sorpresa, mientras revisábamos los vinilos, vimos salir por el portón lindero a Renzo Teflón, Trevor Podargo y Calvin Rodríguez, quienes accedieron gentilmente, entre chistes, a firmar mi «lata de arvejas».

Con el paso de los años, descubrimos que esa prueba de sonido de Los Tontos se había extendido demasiado en el tiempo, cosa que no cayó bien en el resto de las bandas participantes del festival. También surgió algún malhumor por el orden de presentación (al igual que en aquella Navidad de 1985, en el Teatro de Verano).

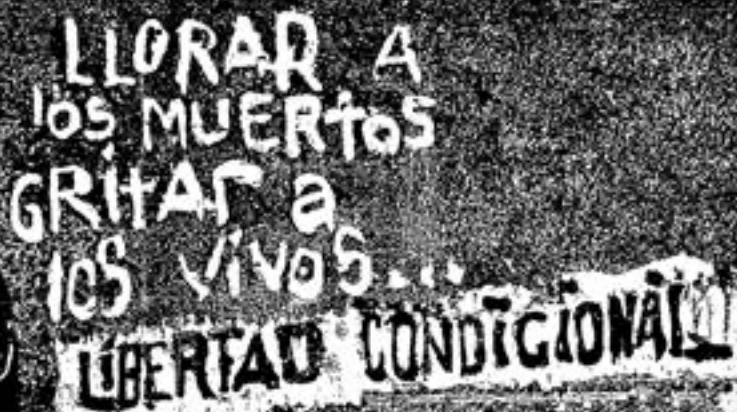
Dicen que Renzo ya no está. La lata y yo nos oxidamos, pero mi admiración y sus canciones se mantienen intactas.

Lo que el viento nunca se llevó

Los sábados de 1987, temprano en la tarde, me recuerdo bajando por la calle Juan Paullier hasta la casa pegada al Platense Patín Club. El ensayo de Libertad Condicional era el destino.

Una guitarra usada de Do Re Mi, enchufada a un viejo radiograbador, un bajo nacional de la década de los sesenta en un pequeño equipo de guitarra también comprado de segunda mano; la batería consistía en una pandereta casera atada al respaldo de una silla, emulando un chárleston, un ton negro con el parche demasiado gastado (tapado por una remera), sobre otra silla, oficiando de tambor y, completando el set, una tapa de cacerola de la vieja del Gallego; en la voz, Jorge (sus gritos compensaban la falta de micrófono) pisando mis letras escritas en servilletas de bar, adornando los acordes de Fernando. Hacer cosas con pocos recursos, de eso se trataba, fieles a los cánones del punk.

Así transcurría el ensayo. Entre tema y tema, algún comentario sobre la pérdida del examen de Matemáticas, recordando el corte del segundo estribillo mientras vichábamos el último número de *Solo Rock*. Hasta que un día ese fuerte viento sopló y se llevó todo... La pandereta casera, la tapa de la cacerola, los pedazos del equipo de Do Re Mi, el bajo de la década de los sesenta con Jorge incluido, pero mis servilletas, curiosamente, todavía se conservan.



LLORAR A
LOS MUERTOS
GRITAR A
LOS VIVOS...
LIBERTAD CONDICIONAL

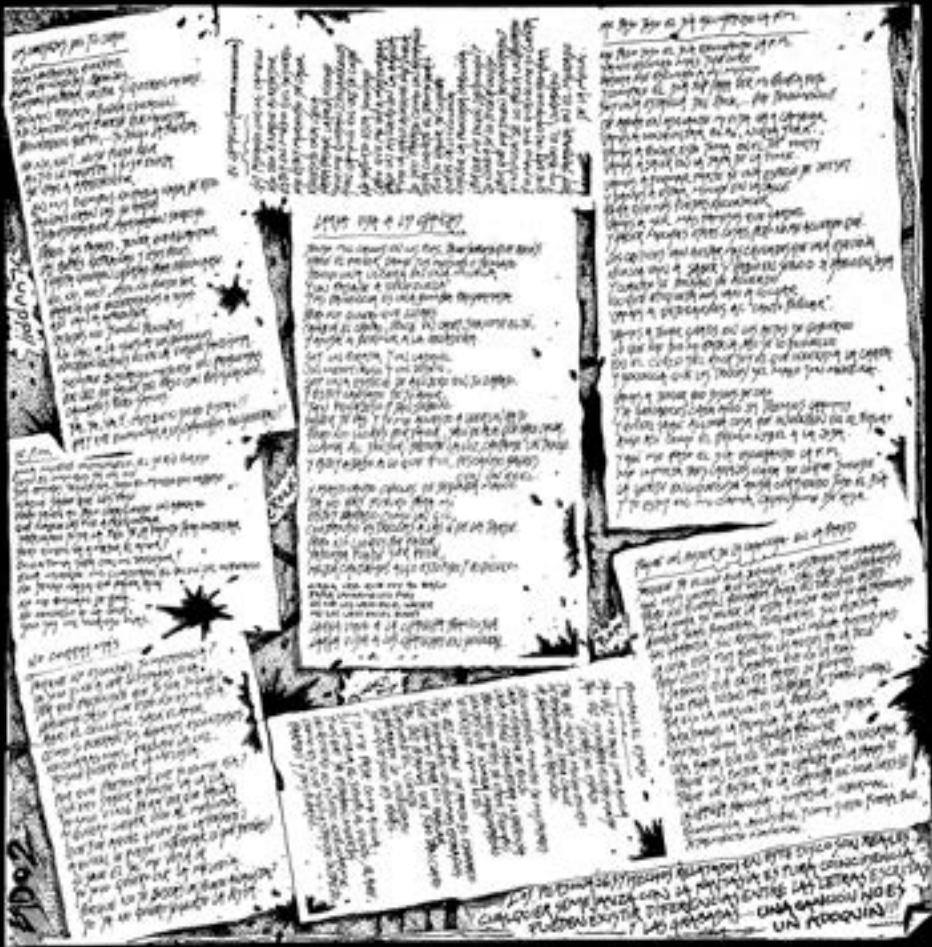
De porcinos y cunetas

Corría el año 1987. Junto con un compañero de clase de 5.º Biológico del IAVA habíamos conseguido, en una disquería del Centro, un vinilo, edición estadounidense, de los Dead Kennedys. De ahí sacamos la dirección de Alternative Tentacles Records y decidimos escribirle a Jello Biafra para felicitarlo por el cuarto puesto obtenido cuando se presentó como candidato a la alcaldía de San Francisco (quizás la mayor muestra de medioactivismo que se recuerde).

Mediante el Correo Nacional, junto con la carta le enviamos un cassette con las canciones más representativas del rock uruguayo del momento. A los tres meses, para nuestra sorpresa, nos llegó un gran sobre con una carta escrita de puño y letra por el mismo Biafra, junto con el vinilo recopilatorio de los Dead Kennedys *Give me Convenience or Give me Death*, recién editado por aquel entonces. El sobre también incluía un catálogo con las nuevas ediciones del mencionado sello discográfico. En la carta, Biafra nos agradecía por el cassette enviado (aunque confesaba desconocer dónde quedaba Uruguay) y nos pedía más material de una banda que le había llamado poderosamente la atención, pues ¡¡¡nunca había imaginado que alguien pudiera componer música tan extraña!!! La banda en cuestión era La Chancha Francisca y el tema al que hacía referencia era «Larga vida a los chanchos», que en ese momento formaba parte del Ranking 100.3 de El Dorado FM.

Recuerdo que tuvimos que esperar varios meses para que *Las berenjenas también rebotan* saliera a la calle, debido a la censura de uno de sus temas («El presidente»), pero de todas formas cumplimos con el pedido de Biafra y al tiempo se lo mandamos.

Lamento haber perdido contacto con mi excompañero de clase (ya que se quedó con la carta y el vinilo recopilatorio) y más aún lamenté cuando me comentaron de su trágica muerte en Canelones.



Corazones rojos

«Tengo los zapatos rotos, es de tanto caminar, que rebajen el boleto para poder estudiar» sonaba de fondo cuando Marcelo Marchese, desde el piso, se aferró a uno de los estribos de la montura del caballo y logró que el granadero, junto con su sable, cayera sobre la nariz aguileña de Iron Maiden, lo que provocó una catarata de sangre que salpicó a una veintena de manifestantes. De esta manera, Marchese le había salvado el pellejo a la rubia de 5.º Humanístico que tanto le gustaba.

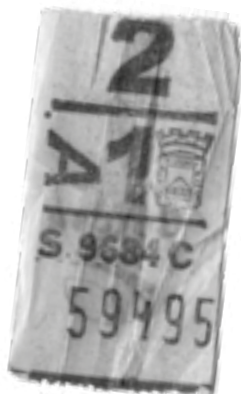
Nos encontrábamos en una sentada sobre el pobre asfalto de 18 de Julio, frente a la Intendencia. A partir de la rotura del tabique nasal de Iron Maiden, con Pablo pudimos aguantar quince minutos más hasta que la arremetida de los milicos a caballo fue salvaje. Desde la esquina de Ejido, la mirada burlona del sector comunista, quienes se habían opuesto a la sentada, nos recriminaba. Al otro día, en el segundo patio del IAVA (por aquel entonces, la entrada principal estaba clausurada por peligro de derrumbe), una lata de pintura roja reposaba sobre una pancarta que invitaba a firmar a favor del referéndum para anular la ley de caducidad, recientemente redactada. Alrededor se había formado un cónclave con representantes de las distintas listas gremiales, que analizaban lo sucedido en la manifestación. El lampiño bolchevique continuaba indignado con los participantes que habían iniciado la sentada; a su derecha se ubicaba una morocha soñada que era usada de carnada para conseguir adeptos a su lista (sus hermosos senos habían afiliado a medio estudiantado a la UJC); enfrente escuchaban atentamente los socialistas, que prometían, para el próximo número de su pasquín, una entrevista con Alejandro *Pompón* Bourdillón (primer baterista de Los Traidores). En el fondo miraban con cara de pocos amigos los integrantes de la «lista independiente», aunque todos sabíamos que respondían

al 26 de Marzo. A pocos metros, Julio Inverso sacó sus ojos, por unos minutos, de una primera edición de Felisberto Hernández y se acercó a Pablo, quien leía la última *Solo Rock*, cuando una fuerte expresión del bolche glabro los desconcentró: «Al próximo que llegue abollado lo termino de romper a patadas en el orto».

El liceo IAVA siempre fue centro de operaciones de las manifestaciones por su ubicación estratégica y por la fuerza de su militancia. En ese mismo patio, el 26 de agosto de 1968, se había llevado a cabo la Asamblea por Checoslovaquia, en la que se condenó la invasión de los integrantes del Pacto de Varsovia a tierras checas, hecho que, además de tener una rápida repercusión internacional, en nuestro país cambiaría para siempre la matriz de los gremios estudiantiles, dado que la Agrupación Ideas de los estudiantes comunistas, por ortodoxia partidaria, no acompañó el repudio y perdió así su lugar de privilegio en el movimiento estudiantil. Como contrapartida, los estudiantes radicales, organizadores de la asamblea, agrupados en el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), supieron capitalizar ese acontecimiento gracias a su accionar extremo, consecuente y horizontal, transformándose así en un motor revolucionario.

El Ministerio del Interior los consideró un «enemigo a eliminar», si tomamos en cuenta el volumen de carpetas dedicadas a esta agrupación en los archivos policiales. El FER fue un factor importante en las movilizaciones callejeras y en los enfrentamientos con las fuerzas del orden. Su teoría se acercaba al materialismo histórico, pero sus métodos y organización los hacían cercanos a los anarquistas. El 18 de setiembre de 1968 fue la primera vez que se utilizaron escopetas de perdigones en la represión sobre las calles de Montevideo. Fueron esas mismas armas las que, un par de días después, mataron a dos estudiantes e hirieron a decenas de jóvenes. En 1974, el FER terminó integrando otros proyectos revolucionarios, principalmente el MLN y el PVP, dejando una huella en las asociaciones gremiales estudiantiles.

La historia no solo la escriben los que ganan; entre los perdedores también se construye un relato oficial. El mayor triunfo del pensamiento conservador es hacernos confiar en una alicaída y manipulada democracia, denigrando la revolución. Unos desfigurados Marchese y Iron Maiden atravesaron la arcada del segundo patio del IAVA; el lampiño bolchevique lo pensó dos veces antes de pararse, pero, ante la intimidante mirada de la morocha, no le quedó más remedio. Fue así como a Marchese le alcanzó un solo ojo para enterrar de cabeza a uno de los líderes de la juventud comunista, a la vez que Iron Maiden, cual Chueco Perdomo desde afuera del área, incrustaba la lata de pintura roja en la descascarada pared del salón 8. De este modo, la Inca económica camufló la sangre seca, originada el día anterior, en su remera roquera, mientras el profesor Vales lanzaba los exámenes de Matemáticas C por debajo de la puerta del aula, en busca de un aprobado.





CUARTETO DENOS

LOS TONTOS

LOS ESTOMAGOS

LOS TRAIADORES

ECLIPSE

TABARE RIVEROCK BANDA

FRANCO FRANCES

GUERRILLA URBANA

ZAFHARONI

BAÑOS PRIVADOS

Tema original

MONTEVIDEO ROCK

LADO A.

LA GORDITA 103 - Los Tontos

EL GORDO Y EL ALFAJOR - Cuarteto de Nos.

NINGUN LUGAR - Los Estomagos

AQUI Y EN CHINA - Franco Frances

PAJADA ABAJO BEAT

- La Tabare Riverock Banda

VIVIENDO EN URUGUAY - Los Traidores

LADO B

BARRIOS RICOS - Los Traidores

PAPÉLES - Baños Privados

RAZZIA - Guerrilla Urbana

PIÑAHUEVO - Zafharoni

DIÁ - Eclipse

MONTEVIDEO ROCK - La Banda

Monedas eran las de antes

El último fin de semana de noviembre de 1986 me encontré en la parada de Luis A. de Herrera y Rivera, esperando el 183, con parte de la pesada del BBC Layva: el Flaco Ángel, el Indio, el Sapo, el Cucho y el Maqui; en la puerta de la Rural del Prado, me esperaba Pablo El New Wave.

Montevideo Rock I era el destino, una idea «original» de Washington Badó (asesor del Intendente colorado de Montevideo, Aquiles Lanza, fallecido en 1985), inspirada en el Rock en Río del año anterior (que se llevó adelante en los últimos meses de la dictadura militar brasileña).

En los ochenta ya nadie recordaba el Woodstock uruguayo del Parque Harriague salteño, realizado en la década anterior. Estos son algunos detalles interesantes que pudimos apreciar en esos tres días de rock en los dos escenarios montados en el predio de la Rural: el viernes, la apertura del escenario mayor con José Pedro Beledo presentando su trabajo, del año anterior, *Escape*, junto con los hermanos Popo y Miguel Romano; las hipnotizantes caderas de Lalo Barrubia balanceándose entre el público; la suspensión parcial de la primera jornada, consecuencia de la salvaje lluvia desatada, en medio de adelantados reclamos feministas de Patricia Sosa, temporal que hizo cancelar el show de Paralamas (al otro día iniciaban su gira por España) y reprogramar a Fernando Cabrera para el domingo. El sábado, el lamentable ataque homofóbico que sufrió Renato Russo (entre lágrimas, abandonó el escenario antes de tiempo); los ingeniosos comentarios de Renzo Teflón, de Los Tontos, el más popular de la ciudad; la original respuesta de Luca Prodan a alguien del público, quien le había lanzado una petaca; Los Estómagos (con un batero de 16 años: Marcelo Lasso) y su versión de «Fuera de control» para festejar el cumpleaños de Parodi («Grapa con limón», cantaron esa noche). El domingo, la gran presentación de los

pioneros del metal criollo: Ácido; el enorme acople y posterior puñetazo del batero de GIT a su sonidista; Los Prisioneros con su primer show fuera de Chile y, cerrando el festival, Los Traidores (ante la ausencia de los ingleses Siouxsie and The Banshees) y la descompensación de varios tiras frente a la ejecución de espaldas del tema «Montevideo agoniza», incidente que ya habían protagonizado unas semanas antes en el Teatro de Verano.

Pero quizás el mejor recuerdo sea el campeonato de tiro al blanco (paradójicamente), cuando Jorge Elizalde (intendente colorado de Montevideo, sucesor de Aquiles Lanza tras su fallecimiento) subió al escenario, sin remera rockera, para entregar el premio a la banda ganadora del concurso: Guerrilla Urbana, por el tema «Razzia»; mi moneda de N\$ 5 (de enormes dimensiones) le pasó a veinte centímetros, pero la del Indio impactó en la frente del intendente, haciendo gala de su gancho en la cabeza de la llave (todas las pelotas iban adentro en la cancha del BBC Layva, sin techo). Con ese mismo tino, tres años después, dicen que agujereó la carótida de un destacado contador público capitalino, incidente que fue sepultado por los noticieros locales debido a que corría riesgo la carrera de varios políticos y mediáticos locales.

Ninguno de los que esperábamos el ómnibus esa tarde del 86 sospechaba que el rock uruguayo un día perdería su esencia y comenzaría un rápido proceso de putrefacción compositiva. Tampoco se nos pasaba por la cabeza que con el tiempo la cola de la matiné de Los Fatales para niños sería más peligrosa que asistir a un recital de punk-metal. Ni siquiera al Indio, que hoy, con treinta kilos más y un dedo menos, sonríe desde una filial de la ONU en Canadá.

Shining Hotel

Sinceramente, debido a mi gran admiración por la banda punk argentina Los Violadores, en tiempo real no pude disfrutar el show de Sumo, en Montevideo Rock, pese a la insistencia de Pablo El New Wave. El motivo fue que en ese entonces ya conocía que la parte de la letra de «La rubia tarada» que canta Geniol Rosa («un pseudopunkito con el acento finito quiere hacerse el chico malo, tuerce la boca, se arregla el pelito, toma un trago y vuelve a Belgrano...») está dedicada a Hari-B, violero fundador de Los Violadores. El problema entre ambos músicos se suscitó cuando Luca comenzó a salir con Mónica Stromp, novia de Hari-B, hecho que desató una rivalidad que se mantuvo hasta los últimos días del calvo vocalista.

El mejor día del primer Montevideo Rock fue el sábado 22 de noviembre de 1986. Para destacar, Legião Urbana antes de Los Tontos (con Renzo Teflón en su mejor momento), la energía de Sumo pese a los pies descalzos de Luca, la extraña presentación de Fito Páez (a días del asesinato de su tía y su abuela), la minifalda de Fabiana Cantilo y la presentación de su increíble primer disco solista, y, ya en las primeras horas del domingo, el gran cierre de Los Estómagos. El show de Sumo comenzó con parte del público insultando a Luca y arrojándole proyectiles (linchamiento que también había sufrido Renato Russo un rato antes). El punto de inflexión se dio cuando una petaca de vidrio impactó en la cabeza del italiano; al terminar el tema, Luca recogió la petaca e increpó al joven que la lanzó: «Vos me tiraste esto y me pegó acá —se señala la frente—, pero me dolió acá —se señala el corazón—». Esa noche Sumo se retiró ovacionado del escenario instalado en el predio de la Rural del Prado. Unas horas antes del show de la banda argentina, apareció entre el público un tipo con una media can-can en

la cabeza (emulando un ladrón de bancos tercermundista), una botella de ginebra en una mano y un vaso de plástico en la otra. Pablo, al ver al extraño sujeto, me dijo: «Ese es Luca, acompaña me que le voy a contar algo». Nos arrimamos y mi amigo le nombró dos bandas: Manicured Noise y The New Clear Heads. Luca se terminó de sacar la media de la cabeza, lo miró de manera desafiante y exclamó: «¡Qué grande, los uruguayos, bolú! Vengan, vamos a sentarnos». El recordado «fogón» de Luca con unos punks en Montevideo Rock lo inició mi amigo Pablo, quien, sin dudas, era el mayor coleccionista del pospunk inglés. Es así como, gracias al ingenio y conocimiento musical de Pablo, la charla devino en una improvisada entrevista, con el consentimiento de Luca, para nuestro fanzine, *Miseria Juvenil*.

LUCA. Todo bien, pero la primera pregunta la hago yo: ¿cómo carajo conocen Manicured Noise y The New Clear Heads, loco? Manicured Noise era una banda pospunk de Manchester, ahí tocaba la primera baterista de Sumo, Stephanie Nuttal, y The New Clear Heads la formé cuando viví en Londres a fines de los setenta. ¡¡Ni los que tocan conmigo conocen esas bandas!!

PABLO (MJ). Estuve diez años viviendo en Londres, mis padres estaban exiliados, mi casa quedaba a dos cuadras de Rough Trade.

LUCA. ¡Uh! ¡Eso equivale a tener un máster en Oxford! [Risas]

MJ. ¿Cuál es la propuesta de Sumo?

LUCA. Lo nuestro es distinto, somos aguerridos, hacemos un show que pega por nuestra fuerza. El rock sin potencia no es rock, es otra cosa. En el rock, más allá del estilo, existe un denominador común: los huevos. Antes a la gente le gustaba perderse en los espacios siderales del amor y paz, pero al final era todo mentira y ni siquiera era rock. Los chicos ahora no quieren escuchar a Sui Generis.

MJ. Actualmente, ¿en qué lugar de la escala social te ubicás?

LUCA. Por más que no lo quiera, sigo siendo un cheto. Fui educado en el mejor colegio de Europa junto al príncipe Carlos de Inglaterra; ahí

me di cuenta de la mierda que es todo y me escapé. Esa gente no me gusta, prefiero al almacenero del Mercado del Abasto, esos son tipos de verdad. Odio el windsurf y a los que aparecen en las revistas del corazón. No es malo odiar. En las calles de Londres los punks me enseñaron que el odio, si lo sabés manejar, es un alimento que te mantiene vivo.

MJ. ¿Volverías a vivir en Europa?

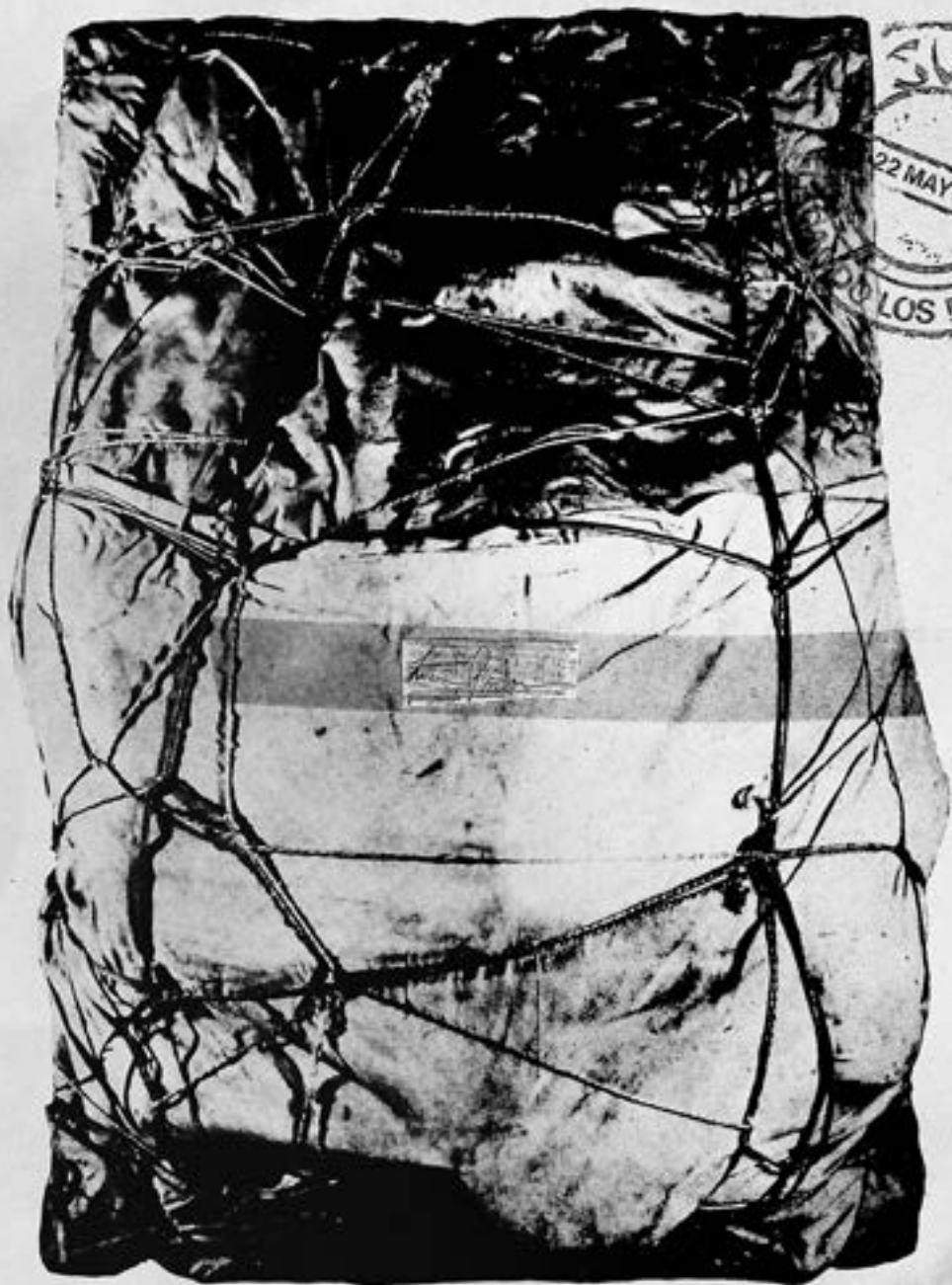
LUCA. No, me quedo en Argentina. Cuando viví en Europa era una época muy buena, pensábamos que podíamos cambiar algo. Después nos dimos cuenta de que ni con política, ni con el rock, ni con las drogas vamos a cambiar nada. Hace dos años fui de visita a Italia y noté todo muy estancado. Por un lado están los que hacen guita y compran televisores grandes y por el otro los rebeldes, desilusionados con la generación del 68 y con el punk, que caen en la heroína y mueren como moscas. Cambio de tema, me pongo triste porque mi hermana Claudia junto a su novio se mataron así... ¿Conocen el Hotel Carrasco?

MJ. Sí, el Hotel Casino Carrasco.

LUCA. Sí, ese hotel está embrujado, parece el de la película de Kubrick, *The Shining [El Resplandor]*, los picaportes de las puertas se mueven solos y las mucamas son vampiros. Voy a pasar toda la noche despierto, ¡ahí no duermo ni en pedo!

Luca falleció la madrugada del 22 de diciembre de 1987, a los 34 años, en la casona de la calle Alsina, en San Telmo. Lo encontraron tendido en su cama con una sonrisa tallada en su rostro. El dictamen médico certificó «muerte por paro cardiorrespiratorio»; luego se supo que fue producto de una sobredosis de heroína. Al otro día debía firmar un nuevo contrato con CBS por cuatro discos.

«¡Mirá! Me sobró un peine, se los regalo, yo ya no lo uso...»



Nacidos para molestar

Otra de las grandes aventuras que viví con Pablo El New Wave se dio el fin de semana del 4 y 5 de julio de 1987 en Buenos Aires. Ese año, gracias a mi vecino del edificio Julio César y al permiso del menor, Cacciola mediante, disfruté varios shows del otro lado del charco. Había inaugurado el «método», en febrero, con la primera visita de Ramones a Obras (único recital, en suelo argento, con Dee-Dee en el bajo). El sábado 4 de julio le tocó el turno a Los Violadores, quienes se presentaron en Cemento (sociedad Omar Chabán - Katja Alemann), y esa noche estuvimos en primera fila, lo cual fue el origen biomecánico del dolor cervical que cursamos las semanas posteriores al show. El escenario de Cemento era demasiado alto como para permanecer pegado a la oxidada valla de contención. Los Violadores, por problemas personales de uno de sus integrantes, no habían podido formar parte del Montevideo Rock 1, realizado en noviembre de 1986. De todas formas, se presentaron en Uruguay el 13 de febrero de 1987 en el Campus de Maldonado y el 17, del mismo mes, en el estadio Luis Franzini de Montevideo (junto con Valija Diplomática de Chile más los locales Los Estómagos y Los Tontos). Venían de Chile y Perú, en el marco de su Gira del Corregidor. Según el maestro Renzo Teflón, que había compartido ómnibus con Stuka y compañía, la higiene personal no era el fuerte de los porteños. Por esa época seguían presentando temas de su tercer disco: *Fuera de Sektor*, a tres meses de entrar a los Estudios Panda para grabar *Mercado Indio*, junto con Michel Peyronel.

Esta vez, el plan de ruta era más ambicioso. Desde el viernes, que salimos de Montevideo rumbo a Carmelo, Pablito me repetía: «El domingo vamos a visitar a Luca». Fiel a su condición de investigador y coleccionista, mi compañero de viaje había averiguado que el calvo

italiano hacía unos meses vivía, junto a Héctor *Geniol* Rosa, en una pensión de San Telmo. A diferencia de Los Violadores, Sumo se había presentado en el festival de la Rural del Prado en noviembre del 86, en lo que representó su primer show fuera de Argentina. Justamente, fue en Montevideo Rock 1, entre el público, donde se dio nuestra primera charla con el líder de Sumo.

Ya a bordo del catamarán, flotando en el Río de la Plata, mi amigo sacó de su mochila una Kodak inglesa con la cual registramos nuestras andanzas en la vecina orilla. El domingo 5, después del mediodía, llegamos a la Feria de San Telmo buscando la calle Adolfo Alsina al 451. Allí se encontraba el conventillo donde Luca residió en su último año de vida. Era una casa de dos pisos bastante venida a menos. El músico Marcelo Arbiser, afinador de pianos del Teatro Colón, administraba la humilde pensión. Al llegar, aprovechamos el ingreso de uno de sus inquilinos y entramos preguntando por «nuestro amigo Luca». En la pequeña sala de estar, bastante desordenada, una decena de personas *privaban* alrededor de un destartado piano. Arbiser ejecutaba una canción tradicional que no logramos identificar. El calvo vocalista, al reconocernos, salió a nuestro encuentro: «¡Uh, los pibitos uruguayos, bolú!». Luego de presentarnos a Geniol (quien faltó con aviso al Montevideo Rock 1) y varias bromas inocentes de por medio, Luca se puso una campera y nos sacó de la pensión: «Vamos a recorrer San Telmo, un barrio posta», nos dijo. Seguramente haya entendido que el ambiente era muy pesado para dos adolescentes uruguayos, dado que, al cerrar la puerta de calle, expresó: «Acá vivimos los nacidos para molestar». Visitamos varios lugares históricos, descriptos por Luca con su característico acento. Hasta el atardecer se sucedieron varias fotos que completaron el rollo de la moderna Kodak. En una parada obligada, en una despensa del barrio, Pablo le sacó una foto a Luca contando monedas al lado de unos casilleros de Mirinda Naranja. Una imagen difícil de olvidar, sin dudas. Al despedirnos, Luca paró un taxi y partimos rumbo al coqueto hotel, sobre la calle Florida, donde

nos alojábamos junto con mi vecino. El destino quiso que cinco meses después Luca diera su último show en la cancha de Los Andes (en la localidad bonaerense de Lomas de Zamora) prácticamente vacía. La banda con quien compartieron cartel, ese 20 de diciembre de 1987 (si, dos días antes de que Mario Pergolini anunciara su muerte), fueron Los Violadores, quienes tocaron primero debido a otra presentación que tenían esa noche en la discoteca Jonathan de Berazategui.

Dicen que un Luca extremadamente flaco y demacrado anunció en el micrófono: «Acá va la última, ¡fuck you!». Al término del concierto quedó en posición de Buda sobre el escenario mientras las quinientas personas que habían asistido se retiraban del estadio. Después de ese finde para el recuerdo, mi amigo quedó en revelar el rollo fotográfico, cosa que nunca supe si realmente hizo. Con los años perdí contacto hasta enterarme de su triste y salvaje desaparición física. Hace unos meses me llegó, vía Whatsapp, una foto supuestamente inédita de Luca Prodan. Para mi asombro, la foto registraba la imagen del italiano contando monedas en aquel almacén junto a las botellas del extinto refresco. Llevaba puesta la misma vestimenta que usó esa soleada tarde de invierno. No tengo dudas, la foto salió de la cámara de Pablo. Supuestamente, alguien digitalizó la imagen y la compartió en un grupo de fans de Sumo en Facebook. Obviamente, me contacté con quien subió la foto a internet, pero no lo pude hacer con quien hizo el trabajo de digitalización. Es evidente que Pablo reveló el rollo fotográfico. ¿Quién posee el resto de las fotografías? Todo un misterio. La búsqueda continúa...

«9 de Julio, Corrientes y llegás derecho. ¡¡No te hagás el loco, bolú!!»